

LA POSVERDAD Y LA SEGURIDAD NACIONAL

Conceptos como posverdad o *fake news* implican la banalización de la desinformación, contribuyen a su aceptación y son un grave riesgo para la seguridad nacional, pues tensionan tanto a la sociedad como al aparato en el que se sostiene.

FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS

El siglo XXI ha propiciado un retorno al antropocentrismo basado en el relativismo, lo efímero, el escepticismo y lo alternativo, el culto al presente y el formalismo. La posmodernidad es un estado mental, una actitud; su formulación viene a coincidir con la idea de D. Bell sobre el crepúsculo de las ideologías, la reducción del espacio de diferencia política; las ideología eran una atalaya para contemplar y explicar el mundo.

Es una época de confusión y conceptos débiles que rechaza cualquier forma de sacralización. Es la “sociedad ligera” de Braudillard o “líquida” y marcada por la incertidumbre de Bauman. El hombre

queda consignado como medida de todas las cosas, lo que deriva en el nihilismo.

Las sociedades son diversas y están muy fragmentadas, lo que dificulta las acciones colectivas y promueve el conformismo. Las instituciones que hacen posible la existencia de una verdad compartida –la educación, los medios de comunicación social y el propio marco normativo– se han debilitado.

Internet es la base de la sociedad del conocimiento. Se consume mucha información pero falta análisis, comprensión. Hasta 2003 se había producido una cantidad equivalente a 5 exabytes de información, cifra que ahora se genera cada dos días. La revista *Science* calculó que, hasta 2007, la cifra era de 295 exabytes, que se había incrementado en 2011 a 600 exabytes.

La tecnología en una sociedad de la información que acumula datos es un factor crítico. Esto causa importantes contradicciones. El mundo actual necesita entre diez y quince años para comprender una nueva tecnología y regularla, mientras estas son superadas transcurridos entre cinco y siete años.

El ecosistema de la información

La comunicación es inherente a todo proceso público. Marca los tiempos y fija el calendario político. Hoy el ciclo de la información es de 24 horas, máximo de 48. Y se genera una ansiedad que acorta indebidamente el tiempo de respuesta. Se antepone la emocionalidad de la opinión pública a la racionalidad o, incluso, a la resolución del problema.

Una mala gestión comunicativa provoca la prolongación de una crisis, puesto que esta conlleva una crisis informativa; si se falla en el control de esta crisis, se falla en el control de la crisis general. Y esa es la cuestión, porque la información se ha vuelto incontrolable. El problema ha dejado de ser tal para transformarse en un problema de opinión pública.

El patrón de comunicación ha cambiado. En 2016, ya un 62% de los adultos estadounidenses accedían a noticias a través de las redes sociales; y un 44% a través de Facebook. Las redes sociales son ahora

el eje del “ecosistema de información” y una expresión de horizontalidad democrática. La extensión de la isogoría a ámbitos inapropiados iguala ideas, hechos y creencias.

Los medios han perdido el monopolio de la distribución de la noticia. Y su canalización depende de factores no siempre ligados a su veracidad; sus fuentes son el entorno más próximo. El receptor se convierte en emisor, generándose una cadena de distribución que hace creíble la información. El argumento académico, las referencias y los criterios de autoridad no tienen relevancia ante una opinión pública con escasa capacidad de discriminación, poco tiempo para documentarse, que busca emoción más que veracidad y a la que no le gusta ser contradicha.

Los algoritmos son conjuntos de reglas para realizar operaciones; los utilizados en redes sociales no son neutrales, ya que trabajan sobre la base de búsquedas y preferencias anteriores; el algoritmo selecciona información que cree que agrada y evita la que no. Además agrupan a quienes piensan igual.

La combinación de globalización y democratización digital ha generado tribalismo emocional. Con ello se fragmenta la sociedad, atomizándola y dando pie a reductos ideológicos y culturales, a *clústeres* de individuos y “cámaras de eco.” Estos grupos se coordinan cognitivamente, comparten y refuerzan sus creencias sin discutirlos; la unanimidad es perenne. La fractura de la verdad provoca la fractura de la sociedad.

Los Medios de Comunicación suponen un mecanismo de vigilancia social relativamente independiente. Su pluralidad y diversidad expresan calidad democrática. No obstante son débiles ante los patrocinadores y el poder político, pues su actividad está orientada, a la postre, por el beneficio. Además con la competencia de las redes sociales y los diferentes distribuidores de contenido, han visto reducirse las audiencias, y han debido digitalizarse también, colocándose mismo nivel que las redes. La competencia del llamado “periodismo cívico” o “periodismo 3.0,” centrado en blogs y webs, ha provocado su pérdida de calidad.

La posverdad

En el postmaterialismo la realidad se diluye y depende de la voluntad. Como apuntaba Nietzsche, “no existen hechos, solo interpretaciones.” La importancia no está en el hecho sino en el consenso del grupo. La verdad es incómoda pues obliga a abandonar la zona de confort para considerarla. Por eso queda emocionalmente asociada a las “malas noticias.” Pero sin esta no es posible el consenso y se fractura la comunidad.

No somos espíritus puros. Cualquier decisión surge de los sentimientos, de lo irracional. Como señala Buyung-Chul Han: “El sentimiento precede al pensamiento,” porque cualquier decisión racional debe pasar por el tamiz emocional. Lo emocional acaba por primar en una suerte de actitud anti-victoriana. La verdad no queda consignada al hecho sino a los sentimientos que suscita o a las adhesiones que provoca. El resultado implica una reformulación de la máxima cartesiana: “siento luego existo.” Eso refuerza las actitudes descreídas.

Antes, los medios de comunicación hacían un cribado de la información que distribuían. La pluralidad de fuentes dotaba de mayor objetividad al sistema, corrigiendo eventuales disfunciones. Ahora, frecuentemente hacen de árbitros entre informaciones y desinformaciones. En las redes, los datos reciben el mismo tratamiento que las emociones, descartándose aquellos que generan desafecto.

Desinformar es distribuir información falsa dificultando que la correcta fluya. Es una medida agresiva, que se sirve de la duda y la conciencia moral, ejes de la estructuración de las sociedades occidentales, para atacarlas. Afecta a los cimientos de la democracia, pues condiciona las decisiones de los ciudadanos. El mensaje que subyace es “no creas a nadie,” o aun “no creas en nada;” se trata de desestabilizar y desorientar.

La palabra “posverdad,” banaliza este desenfoco para legitimarlo. Por eso debe evitarse. Se presenta como una lectura alternativa más de la realidad infraponderada ocultando así su malicia. Eso es lo que la diferencia de la alternatividad que encarna el pensamiento crítico con el que aspira a confundirse.

La posverdad se ha diseñado y construido para empatizar y superar la realidad. Es una idea emotiva que no refleja esta. Se busca falsearla, transformar la percepción con la manipulación de las emociones colectivas. La posverdad es un collage, un trampantojo, construida con pragmatismo a partir de la realidad.

Con las insinuaciones se actúa sobre la dimensión emocional. La gente no quiere pensar tanto como confirmar lo que ya piensa. Sirve para reafirmar la opinión del grupo; contribuye a asentar y solidificar ideas preestablecidas, prejuicios y clichés, provocando que se descarten los hechos. Recordando a Derrida: “la mentira no es algo que se oponga a la verdad sino que se sitúa en su finalidad.”

El eje de Occidente es la duda; los efectos de la posverdad al sobrestimular esta, y con ello los códigos axiológicos sobre los que se construyen las sociedades, son sísmicos. Nos sitúa frente a las contradicciones que todo sistema social incorpora. Golpea las líneas de fractura de las sociedades para provocarlas primero, convulsionarlas después y desorientarlas finalmente. Con la posverdad se deconstruye, la verdad inicialmente y la sociedad como último estadio. Como decía Orwell, “el poder está en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas”.

Lo importante es centrar o descentrar el debate. La posverdad no busca informar sino satisfacer la necesidad de emociones en beneficio propio. Primero se difunde una información impactante; pasa a las redes sociales; por su eco los medios la difunden por no quedar fuera del *trending informativo*; el desmentido no es viral por no ser informativamente tan atractivo y la noticia es retenida por un porcentaje de la población.

Otro concepto son las llamadas *fake news*, bulos o noticias falsas, uno más de esos “espíritus que enturbian el agua para que parezca más profunda” que denunciaba Nietzsche. No se hace un esfuerzo sin beneficio. Para combatirlas es imperativo comprender sus razones e identificar la fuente. Como apuntaba Derrida: “Lo relevante en la mentira no es nunca su contenido, sino la finalidad del mentiroso.”

La política de la posverdad, la pospolítica, modela la opinión pública actuando más sobre emociones y creencias personales. El relato convencional anclado antaño en una ideología que lo ligaba y explicaba todo, ha sido sustituido por unas narrativas fragmentadas dotadas de una lógica en blanco y negro para polarizar el espacio público y reafirmarse en temas que no son los pivotes efectivos de la política real. La política se ha ahuecado y hecho resonante.

La cuestión es que supone una importante degradación de la democracia representativa desde el momento en el que, como resultado de la diglosia, se hurtan a la ciudadanía no ya los fines políticos sino la propia agenda. Si pensadores como Chomsky o Derrida eran tradicionalmente definidos como “alternativos,” ahora lo alternativo extrañamente se ubica en el poder. El poder ahora hace *agitprop* y también es “alternativo.”

Quien tiene el poder tiene la verdad; y esta no es en absoluto una cuestión menor pues la recíproca también es cierta. La lucha por el significado de un término es, en el fondo, una lucha por el poder. La política no ha sido nunca entendida como puro engaño, este era un medio. Es más, entre la verdad y la política se establece una relación dialéctica ya que esta no puede ser completamente sierva de la verdad puesto que aspira a cambiarla. La verdad es una herramienta más de la política.

Posverdad y seguridad nacional

La guerra no es un concepto estático; sus límites son imprecisos; no los marca necesariamente la sangre. Implica violencia, pues encarna un choque de poderes. Pero esa violencia no precisa materializarse en derramamiento de sangre, como prueba la derrota de la URSS; el derrumbe del Estado a través del colapso de su sistema jurídico, que señalaba Arendt, no es pacífico por más que pueda no ser sangriento; de hecho, eso es impredecible por la complejidad misma de las sociedades. La guerra no es una actividad necesariamente sangrienta pero sí es necesariamente política. Además, como hecho social, se extiende

hasta donde llega la sociedad. Sí esta alcanza a las redes sociales, hasta allí llega esta. Si no se atiende, se puede ser flanqueado.

La guerra híbrida implica la acción concertada y simultánea de componentes regulares e irregulares, una naturaleza compuesta en la que se asocian indiferenciada y coordinadamente lo convencional y lo no convencional generando efectos sinérgicos. La asimetría implica el enfrentamiento de diferentes modelos estratégicos, desplazándose el conflicto a planos no militares, como la opinión pública o el económico. La posverdad encaja muy bien con estas lógicas de guerra. La información ha estado militarizada desde antes de Lenin. El derrotar al enemigo desde dentro es tan antiguo como la guerra.

Las amenazas híbridas o asimétricas son inconcretas, su atribución es difícil. Además en los Estados aparecen instituciones y organismos no oficiales que actúan coordinados con las propuestas políticas de aquellos. No es preciso dar órdenes, tan sólo señalar el camino.

La posverdad plantea un grave riesgo para la seguridad nacional al tensionar tanto a la sociedad como al aparato en el que se sostiene. El ciudadano a través de las redes sociales ha quedado sobreexpuesto a la influencia de actores con intereses particulares que instrumentan las reglas y la conciencia moral de la sociedad.

Superar la posverdad

Los problemas del siglo XXI son multidisciplinares y poliédricos. Sus soluciones no vienen de fuera sino de dentro y pasan por aumentar la resiliencia. La cuestión no es si la situación perdurará, sino si en ese tiempo cambiará la realidad. Mientras, lo importante es aguantar.

Esta lucha debe ser expresión de la continuidad de los valores del Estado, una necesaria derivada de ellos sin interrupciones. Se debe luchar sin hacerlo, sin romper la armonía y centralidad del Estado, preservando su legitimidad. No es “lucha” sino “superación.”

La aparente debilidad de la democracia enmascara una fuerza arrolladora: la voluntad concertada de millones de personas. El Estado de derecho va por detrás de los sucesos. Esa lentitud es el precio de un

poder inmenso. Su respuesta es siempre tasada y lenta, parece ineficaz por residual y reactiva, pero es incontestable.

La democracia incorpora una voluntad inclusiva y de equilibrios que reduce las prohibiciones. Surge de la suspicacia hacia sus propias instituciones. Es el triunfo de la sociedad civil. Por eso el uso de la autoridad debe ser residual, su precio es la legitimidad. El poder es un tótem, es potencia, no acto; se desgasta con el uso. En el paradigma libertad-seguridad prima el primer componente.

La utilidad de la censura en unas sociedades tan abiertas como las occidentales es limitada. Es poner costosas puertas al campo. La crítica fundada es progreso, su fin implica estancamiento.

Igual amenaza se cierne sobre el resto de sociedades democráticas. Esta lucha, por razones de sinergia, debe abordarse conjuntamente, desde cuerpos normativos similares. Los aspectos de más gravamen deben contar con acervo común y una tutela judicial externa. Legislar en caliente es arriesgado. La cooperación, el intercambio de información y experiencias es crítica.

La clase política ha perdido influencia y aceptación social. Con los medios de comunicación clásicos sucede lo mismo. Son dos pilares de la sociedad que urge fortalecer. Eso pasa por deshacer el escepticismo; para ello nada mejor que la transparencia.

Los mensajes cortos priman sobre los razonamientos profundos. Falta preparación y reflexión, lo que además requiere tiempo. La respuesta es el humanismo, el reforzamiento de la ciudadanía. La educación junto al periodismo y la justicia son claves. La ciudadanía real se asienta sobre la educación; una sociedad de buenos ciudadanos es una sociedad de ciudadanos educados. Esparta, nos recuerda Tucídides, no tenía murallas porque tenía a sus ciudadanos.

La educación refuerza la transversalidad, el núcleo duro, y evita la fragmentación, la disgregación, el debilitamiento. Robustece los valores, ayuda a recuperar la confianza. Es un anticuerpo natural. Para sacar al internauta de su burbuja hace falta una formación mediática crítica, dotarle de herramientas de verificación digital sistemática y de una alfabetización tecnológica.

La prensa contribuye al equilibrio del sistema democrático. Los medios son los principales interesados en luchar contra las noticias falsas. El periodismo como marca y fuente de información veraz y de calidad debe ser potenciado. Para ello el periodista ha de disponer de una profesionalidad que le distinga del “periodismo cívico” y convertirse en referencia social. El periodismo, en tanto que parte del pensamiento crítico, no se debe regular. Los costos en legitimidad son altos. Pero sí se debe de promover una suerte de código deontológico que favorezca un profesionalismo autoreglativo. Fortalecer el periodismo pasa por fortalecer financieramente a las empresas que lo llevan a cabo, y es fortalecer la marca, una marca ligada a la verdad.

Las redes sociales deben controlar la veracidad de las informaciones que difunden. Además, y como con el periodismo, es conveniente la adhesión voluntaria de las empresas a códigos de buenas prácticas, especialmente en las ligadas a redes sociales. La Responsabilidad Social Corporativa es clave en este esquema. Mención aparte merecen las empresas de información residenciadas en terceros países o con conexiones con ellos, máxime cuando su calidad democrática es baja. Merecen un estudio a nivel europeo. No hay tiempo para contrastar un ingente número de noticias. El *fast checking*, la comprobación rápida es imprescindible para agilizar la respuesta. Los desmentidos deben también viralizarse, lo que requiere de contenidos ricos y adaptados. Como sostenía Derrida: “Hay que olvidar la lógica maniquea de verdad y mentira y centrarlos en la intencionalidad de quienes mienten.”

El pensamiento crítico debe promoverse. La crítica es imprescindible para el progreso de las sociedades. Una sociedad precisa de referentes intelectuales. Pero también de críticos que cuestionen el modelo vigente y propongan nuevos sueños. Ese pensamiento crítico pertenece al acervo de Occidente; debe impedirse su incorporación a la posverdad.

Conclusiones

El patrón de la información ha cambiado. La opinión pública se forma al margen de criterios de calidad; resulta muy influenciado. El hombre

moderno no piensa, se informa. Internet traslada a la red las fracturas de la sociedad y las acentúa. El papel de las narrativas, la capacidad de penetración de los imaginarios focalizada por las herramientas de comprensión social como el *data mining*, es capital en el esquema disruptivo.

Surgen conceptos como la posverdad o las *fake news* que suponen la banalización de la desinformación y, por tanto, contribuyen a su aceptación. Tales nombres deben ser rechazados, son sofismas.

También son una amenaza. Se sirven de las reglas y los valores de Occidente en su beneficio. Estresan a la sociedad, ensanchando y haciendo más visibles sus costuras. Sufren un estrés especial las líneas de juntura entre Estado y sociedad: las instituciones. Su procedencia y naturaleza resultan difíciles de identificar por más que se intuya.

La lucha contra los contenidos falsos puede arrastrar a las sociedades a la censura, suprimir el pensamiento crítico, menguándose libertades y derechos. No es la solución. Estamos en un ámbito cuya centralidad requiere de una ponderación extrema. Se deben promover actitudes deontológicas y colaborativas antes que restrictivas.

La respuesta debe venir de los Estados y de la sociedad civil para alcanzar el mayor grado posible de adaptación e implicar al conjunto de las democracias occidentales. Se necesita educación, un periodismo fuerte y referencias críticas que impidan que perdamos las esencias. Estos son pilares insustituibles de nuestras sociedades cuyo reforzamiento es imperativo. Los valores son referencias para las crisis, no para cambiarlos cuando estas llegan. ♡

FEDERICO AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS ES DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS. CAPITÁN DE FRAGATA DE LA ARMADA. ANALISTA PRINCIPAL DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS Y PROFESOR DE TEORÍA DE LA GUERRA.